

ANTONINA RODRIGO

# Mujeres para la Historia

LA ESPAÑA SILENCIADA  
DEL SIGLO XX

# ÍNDICE

MONTSERRAT ROIG: PRÓLOGO	
LA RECUPERACIÓN DE LA PALABRA .....	9
MARÍA CASARES .....	21
MARÍA DE MAEZTU .....	35
ANTONIA MERCÉ, <i>LA ARGENTINA</i> .....	53
MARGARITA XIRGU .....	77
MARÍA TERESA LEÓN, LA MILICIANA DE MEJOR AIRE .....	95
ZENOBIA CAMPRUBÍ, “MONUMENTO DE AMOR” .....	125
MARÍA GOYRI .....	157
MARÍA BLANCHARD .....	189
MARÍA LUZ MORALES .....	207
VICTORIA KENT .....	219
FEDERICA MONTSENY .....	239
MARGARITA NELKEN .....	259
DOLORES IBÁRRURI, PASIONARIA .....	279
ENRIQUETA OTERO BLANCO .....	297
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	315

## LA RECUPERACIÓN DE LA PALABRA

Sufrir en la ignorancia es horrible

HENRY MILLER, Plexus.

Hay varias imágenes de Antonina Rodrigo en mi mente. La veo vestida con una capa negra intentando hablar de la amistad entre Andalucía y Cataluña en una cena del Consell Nacional Català. Erguirse, voluntariosa y obstinada, frente a tantos relojes parados en el exilio. Proclamar casi en vano que los pueblos, para amarse, tienen antes que entenderse. La veo con su enfado y con su rabia, los labios apenas prietos, casi gritando al viento la injusticia a que se le sometía. Antonina Rodrigo se había preparado un corto pero emotivo papel sobre la libertad que se merecían todos los pueblos del Estado español. Y lo hacía en su lengua, la castellana, que en sus labios nunca es opresora. Y lo hacía citando a su amado García Lorca. Pero se le negaba la palabra por ser mujer, por no ser entonces «importante», y porque, supongo, no tenía ni una gota de sangre catalana. Por suerte se deshizo a tiempo el entuerto y el racismo de unos cuantos quedó justamente ridiculizado. Pero Antonina no se había callado. Y es que Antonina no se calla nunca.

Otra de las imágenes que me vienen ahora, imprecisa y difusa, es un día en mi casa cuando no pudo reprimir el llanto al escuchar las historias de dos ex deportados catalanes en los campos nazis. Antonina lloró, y lo hizo sin afectación y sin cursilería. Lloró porque tiene los sentimientos claros. Sus lágrimas no eran de serial ni de blandez, sus lágrimas eran, en aquel momento, el signo externo de su solidaridad. Veo siempre a Antonina andando por la calle como si fuera sin rumbo fijo. Paseando, haciendo lo que los franceses llaman *flâner*. Antonina te coge del brazo y anda calmosamente, dejando morir las palabras con su acento granadino, como si todavía estuviera en Granada y sus ideas surgieran tan diáfanas como el agua que nunca deja de sonar en el Generalife. A veces Antonina me parece de otra época. Y me pregunto: ¿qué hace Antonina en una ciudad como Barcelona, ciudad caníbal que se

devora a sí misma a la par que a sus ciudadanos como Saturno lo hizo con sus hijos? ¿Qué hace Antonina entre esta gente que vive en casas llenas de polvo, oscuras, impregnadas del impenitente olor a coliflor de sus patios interiores? ¿Qué hace Antonina entre tanto ruido, ajetreo, explosiones de tubos de escape, prisas, rumores crispados, entre tanta excitación colectiva, entre tanto miedo a la soledad? Antonina no está hecha para esta ciudad, ella que vino de la calma del silencio, de un universo de flores y de agua. Antonina está hecha para ser una señorita-de-buena-familia-con-cierta-cultura. Antonina nació para llevar guantes de seda y mantillas de encaje. Para ir vestida de blanco. Para sumergirse en el silencio secular de los que nunca han batallado por el pan. Para deslizar con leve fatiga sus dedos en las teclas del piano y hacer sonar una sonata de Chopin. Antonina no nació para la lucha sino para el orden. No nació para el grito sino para el silencio. No nació para el combate sino para la calma. Antonina tendría que vivir entre plantas de tierra húmeda, entre jarrones llenos de claveles, con sus tapetes y sus cortinas de encaje. Antonina nació para leer a los románticos cuando el día muere. Para tomar el té en tazas decoradas de la Cartuja de Sevilla mientras asiente levemente los inmóviles discursos de los mayores. Antonina, una mujer bella, morena y ojos tan azules como el cielo que ilumina las Alpujarras, escogió un buen día el grito, el desorden, la lucha. Dejó el susurro del agua que nunca cesa de pasar, la pulcritud de los patios granadinos, abandonó un universo ordenado y en paz para convertirse en cómplice de la rebeldía, de la infatigable y apasionante lucha por descubrir la verdad, por descubrir alguna verdad. Y esta «complicidad» —que es en ella también amor, puesto que vive con otro gran desenmascarador de mentiras, su entrañable compañero Eduard Pons Prades—, se va convirtiendo poco a poco en palabra. La palabra de los demás. Antonina, pues, ha sabido combinar su propio pasado, hecho de luz y de murmullos, con la ansiedad por recuperar la palabra ajena. Contra el olvido está la palabra. Contra la muerte total está el relato de otras vidas. Antonina sabe que con la palabra, con el conocimiento de lo que se va morimos un poco menos. Nuestras vidas ya no parecen tan efímeras. Con la recuperación de la palabra de los demás nuestra vida es menos muerte.

—Mira, Montserrat —me dijo Antonina al darme el original del libro

que el lector tiene en sus manos—, si no hablamos nosotras de nosotras, ¿quién lo va a hacer?

Antonina, esta vez, ha escogido muy bien las palabras para contarnos «su» verdad. En toda elección hay un compromiso y Antonina Rodrigo se compromete radicalmente con la palabra de sus biografadas. Se trata de la palabra de mujeres. La escritora Marie Cardinal dice que las palabras, entre otras cosas, pueden ser gigantes, rocas hundidas profundamente en la tierra, sólidas y que gracias a las cuales se puede atravesar una corriente. Antonina Rodrigo necesitaba, ahora, esos gigantes. Los necesitamos todas las mujeres para poder atravesar la corriente en este remolino cultural en que se ha sumergido a nuestro sexo durante siglos. Necesitamos esas rocas para no dejarnos llevar en el remolino de la desesperación, para darnos cuenta de que nuestra impotencia no es una fatalidad o una broma de mal gusto de la madre Naturaleza. Que para superar nuestra incapacidad para expresarnos, para dominar la «sabiduría» de los hombres, la ciencia, para dominar, en suma, el universo, hacen falta años, quizá siglos, y, sobre todo, las palabras de las que nos han precedido, de las grandes olvidadas, de las que descubrieron mucho antes que nosotras que la Historia ha sido fabricada por los hombres, por los hombres de las castas superiores para provecho de los hombres de las castas superiores.

Antonina Rodrigo nos relata en este libro la lucha que sostuvo Victoria Kent para que su palabra quedara. «Lo que quiero es no olvidar, y como nuestra capacidad de olvido lo digiere todo, lo tritura todo, lo que hoy sé quiero sujetarlo en este papel». Victoria Kent no quería olvidar sus propias palabras, temía el poder satánico del olvido, ese poder que yace, siempre acechando, en las zonas vulnerables de nuestra memoria. Antonina Rodrigo ha iniciado también una lucha, solitaria y pertinaz, contra este poder diabólico. Lucha por destruir el maleficio, para que la vida y la palabra de tantas y tantas mujeres no desaparezcan de nuevo tras las sombras de la Historia. Tiene razón Antonina Rodrigo cuando dice que es urgente recuperar la palabra de las mujeres que nos han precedido en eso tan abstracto y concreto a la vez que se llama existencia. Los hombres no lo harán por nosotras. Cuando lo hacen, a veces preferiría que se callaran. A veces es mejor el olvido que no perpetuar la ima-